

Algunas consideraciones sobre el materialismo eliminativo

Por Pedro Pablo Urriola*

Resumen

El escrito presenta algunas críticas a la teoría filosófica de la mente conocida como *materialismo eliminativo*, en la versión expuesta por Paul y Patricia Churchland. El *materialismo eliminativo* está estrechamente ligado a la llamada *teoría de la identidad* que afirma la identidad de estados y eventos mentales con estados y eventos cerebrales. Los Churchland consideran que la *teoría de la identidad* es una propuesta de reducción interteórica, es decir, una propuesta que intenta *reducir* las formulaciones que, sobre los eventos y estados mentales, efectúa la "psicología popular", a los términos de una teoría científica sobre estados y eventos cerebrales, de mayor rendimiento y alcance explicativo. De esta manera, el artículo trata la posición del *materialismo eliminativo* como una "oposición entre lenguajes", i.e. , entre el lenguaje común (asociado a la "psicología popular") y el lenguaje científico (asociado a la teoría sobre eventos y estados cerebrales). El autor critica la postura eliminacionista que opta por el lenguaje científico como el único capaz de sustentar un conocimiento legítimo sobre los procesos que generalmente consideramos mentales; arguye que, aunque no debemos preservar el mito dualista implícito en el lenguaje ordinario, éste último no debe ser completamente abandonado dado su poder explicativo y predictivo, y su amplia funcionalidad como medio para expresar deseos, creencias e intenciones.

* Magister en Filosofía (U.S.B. 1998). Licenciado en Derecho. Profesor de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica Andrés Bello. Investigador del Instituto de Estudios Avanzados (I.D.E.A.)

Abstract

The article presents certain critiques against the philosophical theory of mind, known as *eliminative materialism*, as exposed by Paul and Patricia Churchland. *Eliminative materialism* is closely linked to the so-called *theory of identity*, which affirms the existence of an identity of mental and cerebral states or events. The Churchlands consider that the *theory of identity* is a proposal of intertheoretical reduction, that is to say, a proposal that intends to *reduce* the formulations of "popular psychology" with respect to the mental, to expressions of a more explicative scientific theory in terms of the cerebral. In this manner, the article treats the position of *eliminative materialism* as an "opposition between languages", i.e., between common language (related to "popular psychology") and scientific language (related to the theory about cerebral states and events). The author criticizes the eliminationist's opinion that the only language capable of sustaining a legitimate knowledge of mental processes is the scientific. He argues that, although the dualistic myth implicit in ordinary language must not be preserved, ordinary language cannot be completely abandoned, due to its explicative and predictive power, and to its being widely capable of functioning as means to express desires, beliefs and intentions.

G.E Moore comentó en una ocasión que lo que impulsaba a hacer filosofía no eran tanto las cuestiones suscitadas por el mundo o por la ciencia, sino que eran las afirmaciones hechas por los filósofos las que lo sumían en la perplejidad¹. En el presente trabajo, quisiéramos examinar críticamente las afirmaciones que

¹ Moore, G.E.: "An Autobiography", p.14, incluida en Schilpp, P.A. (Editor) *The Philosophy of G.E. Moore*, The Library of Living Philosophers, Volumen IV, Open Court, Illinois, LaSalle, 1968

se hacen desde una cierta postura teórica en filosofía de la mente, las cuales nos han generado, según creemos, el mismo tipo de perplejidad anotada por Moore. Nos referimos a la propuesta del llamado 'materialismo eliminativo' o simplemente 'eliminacionismo', que sostiene que, si se quiere lograr una comprensión adecuada de la mente humana, sólo puede buscársela en la investigación empírica del cerebro, afirmando, además, que las caracterizaciones psicológicas que ordinariamente hacemos acerca de nosotros mismos y de nuestros congéneres—del tipo pedestre de 'estoy molesto': 'fulano es inteligente': 'zutana está triste': etc. las cuales formulamos en el lenguaje corriente, pertenecen a una burda teoría psicológica inserta en este lenguaje la 'psicología popular' la cual, muy probablemente, sea falsa, cosa que se hará evidente cuando el desarrollo de las neurociencias nos provea de la teoría correcta acerca de las causas de la conducta humana. La nota eliminacionista de la teoría vendría, pues, del hecho de que despacha como falsedades todas esas caracterizaciones psicológicas comunes que formulamos en el lenguaje cotidiano.

Un par de observaciones preliminares. Nos ocuparemos en forma exclusiva de la versión contemporánea más acabada de la teoría, según se halla expuesta en varios trabajos de los esposos Paul y Patricia Churchland, de la Universidad de California en San Diego². El trabajo se estructura de la siguiente forma. En la primera parte se describe brevemente el antecesor teórico

² Las obras en que nos hemos centrado para elaborar este trabajo son: Churchland, Patricia S.: *Neurophilosophy: Toward a Unified Science of the Mind/Brain*, Cambridge, M.I.T. Press, 1986; Churchland, Paul M.: *A Neurocomputational Perspective: The Nature of Mind and the Structure of Science*, Cambridge, M.I.T. Press, 1989; y Churchland, Paul M.: *Materia y Conciencia Una Introducción Contemporánea a la Filosofía de la Mente*, Barcelona, Gedisa, 1992. Entre los antecedentes más importantes de la posición de los Churchland se encuentran un par de trabajos de Paul Feyerabend: "Comment: Mental Events and the Brain" y "Materialism and the MindBody Problem", publicados originalmente en 1963, y un artículo de Richard Rorty: "MindBody Identity, Privacy and Categories" publicado originalmente en 1965. Los tres artículos están incluidos en la compilación de Borst, C.V. (Editor): *The Mind Brain Identity Theory*, Londres, Macmillan, 1970.

inmediato del eliminacionismo: la teoría de la identidad; en la segunda parte se exponen algunas de las tesis centrales del materialismo eliminativo; en la tercera se examina una premisa implícita en esta doctrina: que el único conocimiento que tenemos de nosotros y del mundo es el que nos suministran las ciencias naturales, y por último, en la cuarta parte, evaluaremos la afirmación eliminacionista de que nuestro repertorio corriente de conceptos mentalistas es una teoría.

I

Para entender la postura del materialismo eliminativo es menester situarla contra el fondo de una importante teoría, con la cual tiene una clara filiación, que no es otra que la llamada 'teoría de la identidad', cuyo postulado básico es el de la identidad de los estados y eventos mentales con estados y eventos cerebrales. Esta teoría surge en la década de los cincuenta, de la mano de varios filósofos de orientación científica que se hallaban profundamente insatisfechos con las fallas teóricas que presentaban las diversas versiones del conductismo³. Por mencionar tan sólo dos de estas fallas, hay que recordar que la vertiente del llamado 'conductismo lógico', que gozó de cierta aceptación en algunos ambientes filosóficos, proclamaba la posibilidad de analizar las oraciones contentivas de términos mentales en oraciones que sólo describían conductas; lamentablemente, tan pronto se intentaba llevar a la práctica tal análisis en casos de cierto interés teórico, surgían enormes dificultades, de las cuales la más importante era la aparentemente inevitable- necesidad de reintroducir solapadamente conceptos mentales.

³ Entre los pioneros de esta posición pueden mencionarse a los australianos U. T. Place; "Is Consciouness a Brain Process?" (1956) y J.J. C. Smart: "Sensations and Brain Processes (1959), ambos incluidos en la compilación de Borst citada en la nota anterior, posteriormente sería publicado el libro de su compatriota, D.M. Armstrong: *A Materialist Theory of the Mind*, Nueva York, The Humanities Press, 1968.

Por otra parte -y esto afecta también a las versiones del llamado 'conductismo metodológico', que fué un importante paradigma de la psicología empírica lo que quizás le restó mayor plausibilidad al movimiento conductista fué el hecho de que negara el aspecto 'interno' de nuestra vida mental, esto es, todo un cúmulo de fenómenos importantes de nuestra vida consciente: aquello que está involucrado cuando se reconoce, por ejemplo, que tener un dolor, además de involucrar quejidos, lágrimas y movimientos corporales, presenta también cualidades intrínsecas, por demás desagradables, que se manifiestan con fuerza ante la conciencia; todo lo cual vale, *mutatis mutandis*, para una plétora de sensaciones, imágenes, ensoñaciones, etc. Cualquier intento de teorización medianamente completo sobre la mente del hombre debía quedar insatisfecho por la exclusión de tales aspectos.

Para la década de los cincuenta, como decíamos, la insatisfacción con el conductismo alcanzó su punto culminante, y se hizo patente para muchos que la misma suministraba un marco extremadamente pobre para examinar los temas que interesaban a psicólogos, lingüistas y filósofos. Es en este contexto donde surge la teoría de la identidad, la cual, en medio de una acalorada polémica, propone la identificación de fenómenos mentales y fenómenos cerebrales,

No pretendemos en este lugar ofrecer una versión acabada de esta teoría, ni siquiera una presentación panorámica de las diferentes versiones. Lo que nos interesa es formular el núcleo básico de esta postura para hacer comprensible el planteamiento de los eliminacionistas.

La identidad que propone la teoría de ese nombre no puede ser, claro está, una identidad de tipo analítico, lógico o conceptual, esto es, del tipo presente cuando decimos que todo triángulo equilátero es equiángulo, o que todo objeto extenso se halla en el espacio, sino que se trata, más bien, de una identidad hallada empíricamente, como ha ocurrido en numerosas ocasiones en la historia de la ciencia. Se la entiende, pues, en el sentido en que se

dice que el sonido es idéntico a un tren de ondas de presión que se propagan por el aire; o que la propiedad de tener un tono alto es idéntica a la propiedad de tener una frecuencia oscilatoria alta. Otros ejemplos socorridos son el de la luz, que se identifica con ondas electromagnéticas; o el del calor de un gas, asimilado a la temperatura cinéticomolecular media de sus moléculas; o el del relámpago, que se considera igual a una descarga eléctrica.

Como puede apreciarse, al sostener el carácter empírico o a posteriori de las identidades que ofrece como ejemplos, el teórico de la identidad no se sentirá particularmente impresionado por consideraciones que sostengan, por ejemplo, que mientras que tiene sentido decir que ciertos sucesos cerebrales han tenido lugar en tal región del córtex, no tiene sentido darle localización espacial a mi creencia de que la tierra es redonda, o que, si bien mis creencias son susceptibles de evaluación como verdaderas o falsas, ése no es el caso con mis estados cerebrales⁴.

El teórico de la identidad puede admitir la incomodidad que involucra actualmente, para los oídos del hablante común, el discurso sobre acontecimientos mentales en un lenguaje fisicalista, pero añadirá que este tipo de 'rareza semántica' ha acompañado en repetidas ocasiones el avance de la ciencia. Paul Churchland señala que si alguien hubiera sostenido que el sonido tiene una longitud de onda, o que la luz tiene una frecuencia, antes de que se teorizara sobre la naturaleza ondulatoria de tales fenómenos, habría causado más que una fuerte impresión. Y, sin duda, la afirmación de Copérnico de que la tierra se mueve debió sonar perversa en los oídos de muchos de los que la oyeron por vez primera⁵.

La rareza o extrañeza semántica no debe ser entonces un argumento determinante contra una nueva teorización. Si bien en ocasiones puede ser expresión de de confusión conceptual, en

⁴ Argumentos de este tipo, pertenecientes a la llamada 'filosofía lingüística' pueden encontrarse en Malcolm, Norman: *Problems of Mind Descartes to Wittgenstein*, Nueva York, Torchbook Library Edition, Harper and Row, 1971.

⁵ Materia y conciencia, *Ibid.*, p.57

otros casos, con seguridad los más interesantes, puede ser el resultado de que la nueva teoría está proponiendo una manera novedosa de mirar a los fenómenos que intenta explicar. Si se trata de esto último, dirá el teórico de la identidad, la aceptación o el rechazo de los cambios en la forma de hablar debe ser función de su rendimiento explicativo y predictivo, así como de su relativa simplicidad y ajuste con un marco científico más amplio, y no debe depender de las intuiciones del hablante corriente⁶.

II

Examinemos ahora las tesis propias del materialismo eliminativo, que, como señalamos, es un descendiente directo de la teoría de la identidad. Paul y Patricia Churchland sostienen que los casos de la historia de la ciencia que nos permiten hablar de identidad entre fenómenos, de los cuales acabamos de mencionar algunos, han sido casos de reducción interteórica exitosa, esto es, casos en los que las formulaciones de una teoría anterior han sido reducidas a los términos de una teoría posterior de mayor rendimiento y alcance explicativos.

Para los Churchland, la única construcción plausible que puede hacerse de la teoría de la identidad es considerándola como una propuesta de reducción interteórica. Ahora bien, señalan, no en todos los casos de la historia de la ciencia, ni siquiera en la mayoría de ellos, el proceso de reducción ha sido limpio y exitoso. Si tomamos la descripción de la reducción interteórica que hacía el positivismo lógico, nos encontraremos con una teoría, la teoría reducida, que era *deducida* de otra teoría, la cual presentaba por ello un carácter básico respecto de la anterior, a la cual incorporaría como un caso parcial. Los historiadores y filósofos de la ciencia, sin embargo, han ido mostrando desde entonces que que las teorías reducidas han tenido,

⁶ Esta cita es propuesta en los trabajos de Feyerabend y Rorty citados en la nota 2

invariablemente, que ser corregidas y modificadas para obtener una *versión* adecuada que pueda ser deducida de la teoría básica. De hecho -señala Patricia Churchland- las teorías podrían ser ordenadas en un espectro, de acuerdo al grado de corrección y reformulación que requieren para quedar en situación de ser deducidas de las respectivas teorías básicas⁷. Algunas teorías han requerido modificaciones relativamente menores para ser reducidas, como en el caso de la reducción de la óptica a la teoría electromagnética. En otros casos, sin embargo, se han requerido tantas modificaciones que lo único que puede conservarse de la teoría anterior son algunas vagas generalizaciones. En los casos extremos, como ocurrió con la teoría del flogisto, que pretendía explicar la combustión, o con las teorías que explicaban los desórdenes nerviosos en función de la posesión demoníaca, la corrección requerida era tan radical, que resulta más apropiado pensar que el viejo marco explicativo fué desplazado enteramente, o eliminado, por la nueva teoría. En esto último puede verse el origen del nombre de la posición eliminacionista.

En su lectura de la teoría de la identidad, los Churchland aceptan que, para poder hablar de una identidad entre estados y eventos mentales, y estados y eventos cerebrales, necesitamos entender que los primeros vienen caracterizados dentro de una teoría inmersa en nuestro lenguaje corriente, la 'psicología popular'.

La tesis de que el lenguaje común, en el que hacemos adscripciones mentales e intencionales, es una teoría, parte del hecho de que tal lenguaje cumple funciones explicativas y predictivas. Las explicaciones y predicciones involucradas normalmente hacen referencia a deseos y creencias, temores, intenciones, percepciones y demás. Las mismas, piensan los Churchland, presuponen leyes - bastas como puedan ser - que conectan las condiciones explicativas con las conductas explicadas; y lo mismo vale para la formulación de predicciones. Con un poco de paciencia podría reconstruirse la red de leyes cotidianamente presentes en nuestras transacciones más triviales, las cuales, plasmadas por escrito, lucirían como un conjunto de perogrulladas, diciendo cosas tales como que,

⁷ Neurophilosophy, *Ibid.*, pp 278 y ss.

normalmente, quien tiene un deseo busca satisfacerlo, quien percibe una circunstancia peligrosa trata de evitarla, que la alegría y el mal humor son incompatibles, etc.

Entendiéndola entonces como una teoría, los Churchland la someten a juicio, como debe hacerse con cualquier teoría, evaluándola no sólo respecto de sus éxitos, sino también de sus fracasos, prestando especial atención a la extensión y gravedad de estos últimos. Este ejercicio revelará, piensan ellos, que hay numerosos ejemplos de fenómenos mentales centrales e importantes que la psicología popular deja en el más completo misterio. Entre éstos pueden mencionarse la naturaleza de las enfermedades mentales, las características de la facultad de la imaginación creadora, la función del sueño, o los detalles presentes en los diversos procesos de aprendizaje. A esta lista de fallas debe agregarse que la psicología popular cuenta con pocas -o nulas- conexiones con teorías fértiles y bien establecidas que deberían encontrarse en las proximidades de una ciencia adecuada acerca de las causas de la conducta humana. Una teoría adecuada, piensan, establecería relaciones sistemáticas con teorías como la evolucionista, las diferentes ramas de la biología y las neurociencias. Si juntamos todas estas piezas, añaden, obtendremos un cuadro que apunta a la falsedad de la teoría psicológica popular.

III

Pasemos ahora a la consideración crítica de la postura eliminacionista, ocupándonos, en primer término, de una premisa subyacente a la teoría, a saber, que el único tipo de conocimiento legítimo es el conocimiento científico. Para proceder a ello, una perspectiva que nos parece conveniente es la de concebir la propuesta eliminacionista como una oposición entre lenguajes.

Desde esta perspectiva, la postura del eliminacionista puede verse como el señalamiento de que la concepción de lo mental

implícita en nuestras categorizaciones cotidianas se encuentra en una posición de confrontación con la que se derivaría de una aproximación científico-natural a la conducta humana y sus causas, de modo que tendríamos planteada una oposición entre dos lenguajes, entre los cuales debería optarse: el lenguaje común y el lenguaje científico natural.

Planteada la cuestión de esta manera, nos resulta sugerente, para empezar a esclarecer el problema, acudir a una metáfora de las *Investigaciones Filosóficas*:

*"Podemos considerar nuestro lenguaje como una ciudad antigua: un laberinto de pequeñas calles y plazas, de casas viejas y nuevas, y de casas con añadidos que datan de épocas distintas; y todo esto rodeado de una multitud de barrios nuevos con calles rectas regularmente trazadas y casas uniformes"*⁶.

Los lenguajes disciplinados de las ciencias pueden considerarse, dentro de esta metáfora, como otras tantas urbanizaciones industriales construidas en la periferia de la vieja ciudad de nuestro lenguaje común. Si seguimos pensando en los términos de esta metáfora urbanística, pronto nos toparemos con ciudades como las de este continente, ciudades integralmente *diseñadas*, trazadas a escuadra desde su misma fundación. Y nada nos impide pensar en la posibilidad de que aún el Concejo Municipal de una ciudad del viejo continente, como la descrita por Wittgenstein, decida arrasar en su totalidad el viejo casco urbano, para construir en su lugar habitaciones e industrias que sigan en todo respecto los últimos cánones de eficiencia y funcionalidad.

Esto último es, precisamente, lo que el materialista eliminativo nos pide que hagamos. Su aspiración es que

⁶ Wittgenstein, L.: *Investigaciones Filosóficas*, sección 18, traducción de Alfredo Deaño.

sustituyamos enteramente el esquema de sentido común, a través del cual conceptualizamos al mundo y a nuestros semejantes, por el aparato conceptual de las ciencias naturales. La cuestión que se nos plantea, entonces, es qué debemos contestar a tan radical petición. Ahora bien, no queremos dejar de introducir una nota de cautela en la búsqueda de una respuesta: somos de la opinión de que ésta no puede consistir en un conservadurismo obtuso, basado en el afecto que sentimos por nuestro esquema tradicional, en el que nos sentimos tan cómodos como en unos zapatos viejos. Se trata de oponer *razones* sobre las cuales apoyar la negativa a echar por la borda la totalidad nuestro entramado corriente de conceptos sobre el hombre.

Estas razones, a nuestro juicio, deben tomar en cuenta ciertas restricciones a la hora de defender el esquema conceptual ordinario. La empresa del materialismo eliminativo, y de acuerdo a algunos autores, del realismo científico en general -que es la perspectiva metafísica más amplia en la que se inscriben nuestros eliminacionistas, está guiada por constreñimientos muy fuertes: para decirlo de una manera brutal, los defensores de estas perspectivas no admitirán discurso alguno sobre el mundo que no pueda ser traducible de alguna forma al lenguaje de las ciencias naturales, o como dice Putnam, de las ciencias físicas *cum* computacionales⁹. Y éste representa un constreñimiento extremadamente fuerte. Deja fuera el discurso sobre deseos, creencias e intenciones, por no mencionar poltronas y quintas campestres.

En verdad, las limitaciones autoimpuestas por el realismo científico nos parecen excesivas. Queremos conservar la posibilidad que nos confiere nuestro lenguaje ordinario para hablar, justamente, de deseos, creencias e intenciones, así como conservar también el enorme poder explicativo y predictivo de ese discurso. Por otro lado, consideramos valedera la afirmación de Stuart

⁹ Cfr. Putnam, H.: *Representación y Realidad*, Gedisa, Barcelona, 1990, cap.6.

Hampshire, en el sentido de que las lenguas occidentales están permeadas de un dualismo ancestral, y no tenemos ningún interés en preservar, en un análisis de nuestro sistema conceptual para lo mental, ningún elemento del mito dualista, dándole así acogida a lo que Ryle llamara el fantasma de la máquina¹⁰.

De esta manera, nos parece que una consideración adecuada de los conceptos mentales tiene restricciones por dos extremos: no debe ser, por una parte, tan astringente que impida o excluya el discurso sobre ciertas nociones que resultan básicas y al menos hasta ahora irremplazables al hablar de las personas. Esto implica, de paso, que no estamos dispuestos a someternos a un constreñimiento muy importante que está implícito en la posición eliminacionista, a saber, que el único tipo de razón o argumentación aceptable es la que está presente en las ciencias naturales; en otras palabras, la ecuación de razón con razón científica. De otro lado, las consideraciones liberales que auspiciamos no deben trasuntarse en una prodigalidad que admita como legítimos conceptos y entidades de los que podría prescindirse, sin pérdida de potencia explicativa, a través de un análisis adecuado.

En nuestra opinión, existen al menos dos tipos de razones para afirmar la necesidad de preservar y reconocer la importancia del esquema conceptual mentalista que actualmente empleamos. Un tipo de razones se funda en ciertas características del esquema mismo que son de la clase que el materialista eliminativo considera relevantes, esto es, son rasgos que inciden en su rendimiento explicativo y predictivo. En segundo término, es discernible otro conjunto de razones, ajenas al ámbito argumentativo del eliminacionista, que discute las credenciales de la ciencia para constituirse en el único lenguaje admisible.

¹⁰ Hampshire, S.: "Critical Review of *The Concept of Mind*", *Mind* LIX (1950), pp. 23755.

Dentro del primer tipo de razones tenemos, fundamentalmente, el asombroso éxito explicativopredictivo de nuestro esquema común. Considerarlo como un conjunto de falsedades, como pretenden los Churchland, sobre la base de que no dispone de explicaciones adecuadas para cuestiones como la necesidad de dormir, la naturaleza de las enfermedades mentales, o los detalles del proceso de aprendizaje, no nos parece sino un *nonsequitur*. Aún si concediéramos que nuestro lenguaje natural es una teoría, no hay razón por la cual tuviera que ser una teoría total, de pretensiones omnílabarcantes. La teoría electromagnética, por poner un ejemplo, no ve afectados sus méritos por el hecho de no ofrecer una explicación completa de la gravitación: el caso es que nunca se propuso tal cosa. La situación de nuestra psicología corriente es aún más clara, como tendrían que conceder los Churchland. No existe ningún 'Prefacio' a un hipotético *Tratado de Psicología Popular* en el que se diga algo así como: "la exposición siguiente pretende ofrecer una explicación de las leyes que rigen los fenómenos X, Y y Z."

Aún concibiéndola como una teoría, habría que aceptar que la misma cumple funciones explicativas y predictivas suficientes para la mayoría de los propósitos prácticos de la gente en una enorme variedad de casos. Y para comprender la magnitud de "enorme" en la frase anterior basta comparar el rendimiento de este esquema con el rendimiento del más ambiciosa teoría psicológica del presente: cualquiera que sea la escogida, la verdad desnuda es que no hay comparación posible. Daniel Dennett ofrece numerosos ejemplos de esta eficacia de nuestro sistema conceptual efectivo, o, en sus términos, de la actitud intencional. Podemos citar uno de ellos:

"Supóngase que el Secretario de Estado norteamericano anunciara que él era un agente pagado por la KGB. ¡Qué suceso tan incomparable!, ¡Cuán impredecibles sus consecuencias! Sin embargo, podemos predecir, de hecho, docenas de consecuencias, y consecuencias de consecuencias, que,

*si bien no son particularmente interesantes, sí tienen relevancia. El presidente deliberaría con el resto del gabinete, que apoyaría su decisión de relevar al Secretario de Estado de sus funciones, a la espera de los resultados de varias investigaciones, psiquiátricas y políticas, todo lo cual sería informado en una conferencia de prensa a personas que escribirían historias, que serían comentadas en editoriales, que serían leídas por personas, las cuales escribirían cartas a los editores, etcétera. Ninguno de éstos es un pronóstico arriesgado, pero nótese que describe un arco de causalidad en el espaciotiempo que no podría ser previsto bajo descripción alguna de ninguna extensión imaginable de la física o la biología"*¹¹

Basta la revisión más somera de la literatura psicológica y neurocientífica para darse cuenta de que no existe teoría científica alguna capaz de emular, ni remotamente, esta capacidad explicativopredictiva de nuestra 'psicología popular'. Nos parece que ejemplos como el anterior, y mil más que podrían fácilmente ofrecerse, son suficientes para enfriar cualquier entusiasmo apresurado por la causa de la eliminación del marco conceptual común.

Consideremos ahora algunas razones externas al ámbito argumentativo que el eliminacionista considera aceptable. Con ello tendremos ocasión de sacar a la luz algunos supuestos implícitos en esa posición. Ello reviste particular interés en virtud de que los autores eliminacionistas, al considerar que la filosofía está en un continuo con la ciencia, tienden a considerarse eximidos de explicar ciertos presupuestos que son considerados evidentes o indiscutibles.

Uno de los supuestos implícitos en la posición eliminacionista, ya aludido, es el de que el único conocimiento

¹¹ Dennett, Daniel, C.: *The Intentional Stance*, Cambridge, M.I.T. Press, 1987, pp. 2425 (las cursivas son de Dennett)

digno de ese nombre es el que suministran las ciencias naturales. Cualquier otro posible candidato a ese estatus es considerado, o bien como un mero prejuicio, sancionado por una costumbre inveterada, o bien como un conjunto de corazonadas de carácter protocientífico, que están a la espera de su inserción en una teoría que pueda llamarse, efectivamente, científica.

Esa actitud, sin embargo, choca con las intuiciones que tenemos los hablantes comunes acerca del significado de la palabra "conocimiento". El ámbito de este concepto, en efecto, trasciende con mucho los límites de las ciencias naturales. Decimos, por cierto, que el agricultor tiene todo un cúmulo de conocimientos acerca de cuestiones tales como cuándo sembrar sus cultivos, cómo controlar ciertas plagas, las proporciones adecuadas de fertilizantes o riego, el momento adecuado para la cosecha, etc. Del mismo modo, y ampliando la perspectiva, decimos que cualquier hijo de vecino *sabe* que es peligroso transitar por ciertas áreas de la ciudad a determinadas horas, que es prudente huir de un perro rabioso, que en el mes de diciembre la temperatura baja considerablemente, o que no debe creerse en todo lo que dicen los miembros del Congreso.

Al invocar aquí el uso común del término "conocimiento" no estamos asumiendo, por supuesto, una posición del tipo al que adhirieron algunos defensores de la llamada 'filosofía lingüística', según la cual los problemas filosóficos quedan resueltos (o disueltos) con una exhibición del uso efectivo de nuestras palabras. En realidad, nos parece que, en el caso que estamos comentando, el significado común de nuestras palabras -y expresiones en general- asociadas al conocimiento apunta a una verdad más profunda, a saber, al hecho de que nuestro conocimiento tiene un ámbito considerablemente mayor que el de las ciencias naturales.

Dejando de lado el enorme cúmulo de información que *conoce* el agricultor o el hombre de la calle, basta echar una mirada a las llamadas ciencias sociales para apreciar que muchas de ellas han aumentado notablemente nuestro acervo cognoscitivo. Al señalar esto

no nos estamos refiriendo a los aspectos más teóricos o sistemáticos de estas disciplinas, sino a aquellos productos comparativamente más modestos de las mismas, como el tipo de detalles acerca de las diferentes culturas que ofrece la antropología descriptiva, o la precisión y finura creciente de los análisis que suministra la historia, incluyendo la de las ideas, o, a un nivel mucho más pedestre, la eficacia de los diagnósticos del especialista en mercadeo acerca de las tendencias actuales del consumo en un área dada.

Ciertamente, los ejemplos suministrados no lo son de un conocimiento sistemática y explícitamente inserto en el cuerpo de alguna teoría, y, más aún, no son deducibles de la conjunción de algún conjunto de generalizaciones legaliformes y la descripción de unas cuantas condiciones iniciales. Pero sostener que ello les impide llamarse 'conocimiento' parece ser sólo una afirmación dogmática que acepta sin cuestionar las condiciones impuestas por una cierta actitud positivista, lo cual no es de extrañar, dados los antecedentes históricos del materialismo eliminativo. Estas condiciones no son sino el resultado de una definición estipulativa del concepto en cuestión, y sabemos que este tipo de definiciones eran muy del agrado de los positivistas vieneses.

En efecto, el uso de una noción altamente restrictiva del concepto "conocimiento" recuerda el uso similarmente restringido de otra noción filosóficamente problemática por parte de los positivistas. Esta es la noción de *significatividad*, la cual, según se recordará, era reservada por esos autores para los enunciados empíricamente verificables, siendo los de la ciencia los más importantes dentro de esta clase. Dada semejante restricción de la noción de significado, una impresionante cantidad de proposiciones que hasta entonces se habían considerado perfectamente inteligibles fueron confinadas al ámbito del más puro sinsentido. Las víctimas más notables fueron los enunciados de la metafísica y la teología, pero muchas expresiones de uso cotidiano, en particular, las correspondientes a la ética, pasaron a presentar un estatus por demás problemático.

La magnitud de lo que quedaba fuera al ser aplicado el criterio verificacionista de sentido, claramente de manifiesto, hizo que algunos de estos autores procuraran buscar, de algún modo, por lo menos un esbozo de explicación del hecho de que las intuiciones de los hablantes comunes chocaran de manera tan evidente con ese criterio. Algunos de tales esfuerzos lograron 'restituir' de sentido, por ejemplo, a las proposiciones de carácter ético o moral, pero en el caso de éstas y otras expresiones, cuando se les reconocía algún significado, el mismo era siempre calificado como más o menos degenerado, en relación con la supuesta aplicación primaria del concepto, que aludiría necesariamente a la verificabilidad, esto es, al significado cognitivo.

Dentro de la propia filosofía analítica las reacciones frente al criterio verificacionista del significado tardaron algún tiempo, pero al cabo dieron al traste con el principio. Estas reacciones fueron internas y externas a la tradición positivista. Desde la perspectiva interna, llegó a hacerse patente con el tiempo el siguiente dilema respecto a la formulación precisa del criterio: o bien éste quedaba enunciado de una manera tan restrictiva que dejaba fuera del ámbito del sentido a importantes sectores de la ciencia natural (consecuencia inaceptable para un positivista), o bien dejaba colarse en ese ámbito *cualquier* tipo de expresión (incluidas las de la aborrecida metafísica). Estas y otras dificultades terminaron haciendo que los herederos de la tradición positivista dirigieran eventualmente sus pasos hacia otros derroteros en cuestiones semánticas.

Por otro lado, otros enfoques de la filosofía analítica, fundamentalmente la llamada 'filosofía del lenguaje ordinario', asumieron una actitud radicalmente distinta frente al significado. En lugar de ponerse a elaborar *el* criterio preciso del significado, que determinaría de una vez y para siempre los tipos de proposiciones que gozaban de sentido, se volvieron hacia el lenguaje con la actitud del naturalista. El énfasis pasó, de la verificación de un número relativamente pequeño de oraciones en modo indicativo, a la toma de conciencia de la enorme variedad

de usos que tiene el lenguaje en la comunidad de hablantes, dándole así entrada a una cantidad de consideraciones pragmáticas y contextuales en la apreciación de las diversas cuestiones en torno al significado, y llegando a mirar, en consecuencia, con un ojo muy crítico, la pobreza de las tesis positivistas acerca del tema.

Estas consideraciones en torno al criterio positivista del significado vienen a cuento porque nos parece que el materialista eliminativo comete un error similar con el concepto de conocimiento. Como ilustrábamos más arriba, este concepto tiene una aplicación mucho más amplia por parte de los hablantes corrientes de la lengua que el restringido campo de la ciencia natural. Si nos acercamos entonces, con la actitud del naturalista, al ámbito de la palabra "conocimiento" y sus expresiones afines, y nos percatamos de la amplitud indicada, podemos desplazar entonces al representante del materialismo eliminativo la carga de defender la corrección, o las ventajas, de su definición estipulativa. Pero la crítica puede seguir un poco más allá.

Ha de concederse, sin duda, que no *cualquier* candidato al título de conocimiento lo merece realmente. En este grupo cuestionable se incluyen las pretensiones de los supuestos frutos de la intuición, o los de ciertas investigaciones fenomenológicas que llegaban a suministrar, tras un misterioso proceso interno, toda una frondosa jerarquía de valores. Además de los anteriores, un caso discutible hasta la saciedad lo plantea la literatura, en cuanto a fuente de conocimiento acerca del hombre¹². Si se tiene en cuenta esta limitación, parece entonces razonable, desde la actitud que hemos llamado más arriba 'del naturalista', exigir algún tipo de garantía a las credenciales de aquello que pretenda pasar por conocimiento, tales como la intersubjetividad y algún tipo de contrastabilidad. Ello serviría para excluir inmediatamente cualquier hallazgo irrepetible encontrado en la soledad de la conciencia individual, o la defensa del carácter cognoscitivo de una tesis meramente plausible, por el solo hecho de que le sea 'agradable a la Razón' -que en la práctica termina por ser siempre

la razón de alguien, se entiende. De manera que habría que aceptar que "conocimiento" es un término laudatorio, en cuya aplicación se siguen ciertos criterios normativos que sirven para determinar, en ciertas situaciones relevantes, si estamos ante un fragmento de conocimiento o no.

Desde esta perspectiva, la movida del materialista eliminativo puede parecer plausible en la medida en que él toma un paradigma indiscutible de conocimiento, como lo es el suministrado por las ciencias naturales, procediendo a continuación a analizar las características que posee, para convertirlas a continuación en *criterio* de lo que *debe ser* tenido por conocimiento en todos los casos. El paso más cuestionable, a nuestro juicio, está en que el eliminacionista, en lugar de limitarse a la afirmación -todavía discutible- de que se encuentra en posesión de un criterio de conocimiento *científico*, sostiene simplemente que posee *el* criterio del conocimiento, echando así por la borda todo un cúmulo de información que habitualmente damos por conocida. Y es allí donde no encontramos ninguna razón que nos compela a acompañarlo, pues, respecto a la enorme cantidad de datos con que corrientemente nos tropezamos, disponemos de una amplia batería de criterios de uso común que nos permiten determinar, con razonable certeza, cuándo nos hallamos ante un auténtico fragmento de conocimiento o no. En la explicitación de esos criterios, que ciertamente no emprenderemos aquí, nos parece bastante claro que resultaría del mayor valor el tipo de análisis del lenguaje corriente practicado por Austin y sus seguidores.

IV

Examinemos ahora la afirmación eliminacionista de que nuestro marco conceptual común de conceptos mentales

¹² Una discusión interesante al respecto es la de Putnam: "Literature, Science and Reflection", incluido en Putnam, H.: *Meaning and the Moral Sciences*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1976.

constituye una *teoría*, la 'psicología popular'. La base de esta afirmación, como señalamos en su momento, reside en la circunstancia de que, entre los usos que hacemos de ese marco conceptual, están presentes la explicación y predicción de conductas humanas, y éstas son, precisamente, las funciones primordiales que debe cumplir una teoría científica. Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿es suficiente la presencia de la circunstancia indicada para asimilar nuestro esquema común de conceptos y prácticas mentalistas a una teoría, por primitiva que ésta sea, acerca de las causas de la conducta humana?

Ya hemos reconocido, unas líneas más arriba, que no hay duda de que, como cuestión de hecho, explicamos y predecimos las conductas de nuestros congéneres sobre la base de aquel entramado de conceptos y prácticas. Pero pensamos que resulta una distorsión y simplificación excesiva llamar a este polifacético sector de nuestra lengua natural una *teoría*.

Si bien el término "teoría" está lejos de tener un significado precisamente delimitado, y en la filosofía de la ciencia existe una discusión interminable acerca de la naturaleza de las teorías, parece, no obstante, abusivo extender esa noción al esquema conceptual común aludido. Pues los diversos cuerpos lingüísticos que han sido denominados teorías a lo largo de la historia de la ciencia presentan varias notas que están ausentes en lo que, por comodidad, seguiremos llamando 'psicología popular'.

En primer término, las teorías parecen haber sido consciente y deliberadamente formuladas por algún individuo o grupo de individuos que se proponen una organización por lo menos mínima de un cuerpo de conocimientos o supuestos conocimientos. Tales elementos de conciencia y deliberación, para comenzar, parecen estar del todo ausentes de nuestra red de conceptos y prácticas mentalistas comunes.

La red conceptual en referencia nos ha sido heredada como una parte integrante del entramado mucho más vasto que

constituye el lenguaje natural. Como integrante de esa trama considerablemente frondosa, nuestra psicología popular se ha ido elaborando a lo largo de un larguísimo proceso de evolución biológica y cultural, formando parte de eso que Wittgenstein llamara 'forma de vida'. Ello supone que, lejos de ser el producto de una elaboración consciente y deliberada, la red de nuestros conceptos y prácticas referentes a lo mental sea algo que nos encontramos ya elaborado cuando alcanzamos el uso de razón suficiente para especular sobre ello.

Lo anterior no implica, sin embargo, que el mencionado entramado conceptual sea un sistema 'completo' o 'acabado': permanece en la misma evolución lenta, constante y complicada de la que participa el resto del lenguaje natural. Como parte de ese lenguaje, presenta también la importante característica de ser mucho más que un conjunto de símbolos escritos. Supone una trabazón de discursos y sobre todo, de prácticas, donde las emociones y las diversas actitudes y reacciones afectivas juegan un importante papel. La importancia de esta dimensión práctica y afectiva también parece estar ausente de los discursos de pretensiones marcadamente cognoscitivas que habitualmente son llamados 'teorías'.

Como señalábamos con anterioridad, otra característica comúnmente atribuida a las teorías es que existe en ellas al menos la pretensión de sistematizar u organizar un cierto campo de conocimientos o supuestos conocimientos. Así, puede decirse que la teoría electromagnética se ocupa del estudio del conjunto de fenómenos a que alude su nombre, o que la teoría medieval de los ímpetus se ocupa de la caída de los graves, o que la teoría cinética de los gases se ocupa de los movimientos de las moléculas de éstos y de sus efectos macroscópicos, etc. En el caso de nuestra psicología popular, de manera contrastante, nos hallamos frente a una situación completamente diferente: a medida que adquirimos conciencia de nosotros y lo que nos rodea nos encontramos con un mundo *constituido de antemano*, el cual despliega entre sus rasgos o características algunos que necesaria

o trivialmente según se lo mire debemos reconocer como mentales: afectos, creencias, emociones, deseos, etc, tanto propios como de aquellos con quienes convivimos. Son precisamente estos rasgos, como insistiera Strawson, los que nos permiten reconocernos como *personas*, y fundan la posibilidad misma de la comunicación.

Una vez que se tiene en cuenta lo anterior, debe actuarse sin embargo con cautela al decir que la trama pre-elaborada de conceptos y prácticas diversas con la que nos encontramos es un *sistema*, pues ello podría introducir la posibilidad de confusión. Ya que, si bien nuestro lenguaje natural -con su integrante mentalista- no es un mero agregado aleatorio de elementos diversos, sino que, al contrario, conforma una totalidad orgánica altamente compleja, no es tampoco, empero, un *sistema* en el sentido en que lo son un cálculo lógico o matemático, o el software de un computador, por complicado que éste sea. Teniendo esto en cuenta, es fácil percatarse de que, aún cuando puede hablarse, en otro sentido, del sistema de nuestro lenguaje, ello no debe involucrar, de ningún modo, la idea de que como tal hubiera sido formulado, o diseñado deliberadamente, en alguna especie de contrato lingüístico original.

Las características que hemos venido señalando: carácter no sistemático, el ser heredado y no conscientemente elaborado, y el ser integrante de nuestra constitución primigenia del mundo, posibilitando la comunicación, parecen ser suficientes para excluir a nuestro lenguaje mentalista del ámbito de aplicación del término 'teoría'. No nos cabe duda de que este lenguaje posee notables capacidades explicativas y predictivas, pero confinar su naturaleza a esas funciones sólo conduce a un reduccionismo que resulta inadmisibles, en la medida en que empobrece y distorsiona el conjunto de fenómenos que pretende describir.

Si nuestras afirmaciones son correctas, cabe decir, a manera de conclusión, que la perplejidad que nos ocasiona la propuesta eliminacionista, de que toda la concepción que tenemos de nuestros semejantes y de nosotros mismos es un conjunto de

falsedades, no es una mera reacción conservadora fundada en el afecto por costumbres ancestrales, sino más bien se origina en la percepción correcta de que nuestro esquema conceptual de conceptos mentalistas ocupa un lugar demasiado central de nuestra inserción en el mundo como para que pueda ser despachado a la ligera. En particular, si rechazamos el uso tan estrecho del término "conocimiento" que hacen estos autores y descartamos como errónea la apreciación de que nuestro lenguaje natural es una teoría, nos daremos cuenta de que los eliminacionistas no nos han dado buenas razones para echar por la borda a la 'psicología popular'¹³.

¹³ Discurriendo en torno a este asunto llegamos a acariciar la idea de comparar la posición de los Churchland con la de unos galileanos (todavía sin Galileo), que se opusieran en forma cerril a los Averroístas de la Padua cercana... ¡sin tener siquiera un esbozo de teoría alternativa sobre la caída de los graves!. El símil sin embargo, se desploma, cuando caemos en cuenta de que los Averroístas, a diferencia de los usuarios de la psicología popular, sí intentaban ofrecer una teoría.